

# «El genio de la matanza»: Los soldados chilenos y la violencia del combate en la Guerra del Pacífico (1879-1884)

**«The slaughter genie»: Chilean soldiers and combat violence in the Pacific War (1879-1884)**

CRISTIÁN GONZÁLEZ PUEBLA

*Universidad de Valparaíso*

gonzacristian@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-3352-0876>

NICOLÁS LLANTÉN QUIROZ

*Universidad Nacional Autónoma de México*

nico.historia.uv@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-8897-7585>

---

## RESUMEN

*En diversos testimonios dejados por los veteranos chilenos de la Guerra del Pacífico es posible develar situaciones en las cuales los soldados, inmersos en combate junto con sus compañeros, quitaron la vida a sus adversarios. Estos recuerdos tienen un carácter solapado con respecto a la violencia extrema que ellos ejercieron o experimentaron, puesto que atribuyen generalmente a un tercero las acciones del combate. Sin embargo, estos testimonios permiten entender y aproximarse a la memoria colectiva de los combatientes chilenos del conflicto de 1879-1884. De este modo, podemos visualizar a los soldados como integrantes de una comunidad emocional que internaliza elementos psicológicos y fisiológicos del combate, los cuales son clave para interpretar el acto de matar. Esto termina revelando*

*experiencias concretas y terribles del horror del campo de batalla, una temática hasta la fecha muy poco tratada en la historiografía en general.*

*Palabras clave: combate, campo de batalla, comunidad emocional, Guerra del Pacífico*

#### **ABSTRACT**

*In several testimonies left by Chilean veterans of the Pacific War, it is possible to unveil situations in which the soldiers, alongside their companions, took the lives of their opponents in the heat of battle. In these memories, the extreme violence inflicted or experienced is obscured, since the actions of combat are generally attributed to a third person. However, these testimonies allow us to understand and approach the collective memory of Chilean fighters in the conflict of 1879-1884. They also allow us to see the soldiers as members of an emotional community that internalizes elements of combat psychology and physiology, which are vital in understanding the act of killing. All of this ends up highlighting terrible concrete experiences of the horrors of the battlefield, which represent a topic so far very little addressed in the historiography.*

*Keywords: combat, battlefield, emotional community, Pacific war*

#### **INTRODUCCIÓN**

Entre 1907 y 1909, Antonio Urquieta, veterano chileno de la Guerra del Pacífico que luchó en las batallas de Tacna, Chorrillos y Miraflores (fue herido en esta última), publicó en dos volúmenes sus memorias: *Recuerdos de la vida de campaña en la Guerra del Pacífico*. En ellos, describe y reflexiona sobre sus vivencias, pero alude a la figura de un «genio de la matanza» cuando rememora los combates y las acciones realizadas en el campo, según él, con el objetivo de explicar aquellos aspectos más complejos y duros de la guerra que no necesariamente se comprenden con claridad. Se puede hablar, por ejemplo, de la situación de las madres y de su miedo de que sus hijos sean asesinados en la guerra. Menciona Urquieta que «[...] veis al genio de la guerra, que aparece a vuestros ojos más espantoso, más horrible que el genio que han creado los poetas, que

han creado los pintores; ...veis levantarse entre vosotras i [sic] la cuna todo el terrible espectáculo de las batallas». <sup>1</sup> Al mismo tiempo, plantea la siguiente reflexión sobre la guerra y sus consecuencias:

¡Oh! Que espantosa es la guerra, que terrible es el campo de batalla. Que misión tan tremenda tener que matar hombres por deber. Que terrible, repetimos, es la guerra, que tremendo el campo de batalla, cuando la cornete [sic], como viva voz nos manda hacer fuego, nos manda a armar bayonetas, nos manda a la carga empujándonos a ataque, mandándonos a matar o a que nos maten. ¡Oh! Nos parece ver el genio de la guerra; el genio de la matanza. <sup>2</sup>

Así mismo, más adelante, explicita otros elementos analíticos y descriptivos, con el objetivo de que podamos dimensionar a lo que se refiere con esta belicocidad del genio que retrata. En claras palabras, expresa:

Parece que su rostro espanta, no hay en él color ni siquiera es pálido. No tiene sangre. En la piel que cubre sus facciones no hay idea de la vida, sino de la muerte, a través de ella se ve el hueso; [...] Sus fosas nasales están dilatadas y respiran con placer una atmosfera impregnada de pólvora, lágrimas y sangre. Sus oídos tienen una afinación extraña i están inclinados hacia la tierra para gozarse en los ayes de los heridos en el estertor del moribundo. La piel de los labios desaparece a impulso de una fuerte contracción. Sus dientes rechinan. Cuando agita la cabeza poblada de negros y espesos cabellos sucios, lacios i lanzados al aire, retorciéndose como si los ajitase [sic] el huracán.

[...] cuando ruje la matanza está en su apogeo, a veces su mirada se dilata, lanza una carcajada i muestra una concavidad espantosa; ajita [sic] sus manos, bate sus alas, se aploma hasta la tierra i se remonta en el espacio, vuelve arrastrándose por el sueño, se baña en el fuego, respira ayes, aplica sus oídos a los labios del moribundo para gozarse en el estertor de la agonía y se ajita [sic], vuelve con frenesí en todas direcciones derribando cuanto toca, aniquilando cuanto mira. <sup>3</sup>

Por medio de estas palabras, y en su estilo, el veterano chileno trató de explicar lo más complejo y brutal de la guerra: el combate y lo que implicó experimentarlo.

<sup>1</sup> Urquieta 1907: 27.

<sup>2</sup> Ib.: 225.

<sup>3</sup> Ib.: 226–228.

Sobre la Guerra del Pacífico (1879-1884), se han redactado diversos trabajos; sin embargo, durante la última década se ha dado una valiosa apertura de temáticas.<sup>4</sup> Ahora bien, a pesar de la interesante apertura, la historiografía no ha logrado aún internarse en el espacio quizá más recóndito y embarazoso de todos, como lo es el de la batalla. Se ha logrado conocer bastante sobre la vida cotidiana y la alimentación de los soldados,<sup>5</sup> e incluso las dinámicas del frente interno, mas seguimos obviando aquello que, en términos reales, es uno de los elementos capitales en los conflictos, puesto que incluso determinan el resultado de los mismos. Joanna Bourke lo plantea de una manera muy cruda, pero simple. Según sus palabras: «El acto característico de los hombres en guerra no es morir, sino matar».<sup>6</sup> Inmediatamente, surge la pregunta ante tal complejidad: ¿cómo es que, desde los estudios históricos, podemos acercarnos a ese espacio oscuro, difuso e incómodo al que refieren las batallas y el acto de matar?

Primeramente, debemos reconocer la subjetividad de dicho espacio, lo cual exige un esfuerzo interpretativo para poder así construir un objeto de estudio legítimo y coherente.<sup>7</sup> Lo anterior se relaciona con lo señalado por la socióloga Elizabeth Jelin en relación a la experiencia que, según la autora, es: «vívida subjetivamente, es culturalmente compartida o compatible».<sup>8</sup> En este caso particular, dicha experiencia y su enfoque interpretativo son referidos por los escritos del subteniente Urquieta y de otros autores, como diarios de campaña, memorias y reflexiones sobre el combate; los cuales fueron publicados con posterioridad a la resolución del conflicto. El que estos relatos sean subjetivos y culturalmente compartidos indica que son parte de una memoria colectiva; esto en la medida de que las palabras generan una comunidad de discurso colectivo,<sup>9</sup> en

<sup>4</sup> Al respecto, se sugiere, entre una valiosa cantidad de obras, los trabajos recopilatorios de: Donoso y Serrano 2011; Chaupis y Tapia 2018; e Ibarra y Morong 2018.

<sup>5</sup> Con respecto a este punto, véase Ibarra, Villavicencio y Valladares 2018.

<sup>6</sup> Bourke 2008: 9.

<sup>7</sup> Scott 2014: 6.

<sup>8</sup> Jelin 2002: 37.

<sup>9</sup> Ib.: 91.

la que reconocen fragmentos, silencios y olvidos. En otras palabras, los combatientes chilenos de la Guerra del Pacífico elaboraron una memoria colectiva de sus vivencias, que quedó plasmada en una serie de relatos y cartas que fueron publicados desde el final de la guerra hasta el presente. De cierta forma, estos han sido parte de una «industria editorial», como lo señaló la historiadora Carmen Mc Evoy.<sup>10</sup>

De la misma manera, estos combatientes conformaron lo que se conoce como una comunidad emocional, concepto propio de la historiografía de las emociones, área disciplinar que surgió en los años ochenta del siglo pasado en el ámbito anglosajón. El término proviene de la historiadora norteamericana Bárbara Rosenwein y hace referencia a los grupos en los cuales los integrantes se adhieren a las mismas normas de expresión emocional y valoran —o desvirtúan— emociones iguales o relacionadas.<sup>11</sup> Las emociones representan una cuestión compleja, y solo en las últimas décadas se ha comprendido en el campo de las ciencias sociales y humanas que la naturaleza nos predispone hacia cierto tipo de respuesta emocional, aunque no la determina. Ante eso, la cultura tiene un papel preponderante, ya que modela nuestras emociones frente a distintas situaciones. Esto quiere decir que las respuestas emocionales que dan los seres humanos con el paso del tiempo, si bien tienden a estar predispuestas, van cambiando a medida que el tiempo transcurre; es por ello que es posible estudiarlas y analizarlas históricamente.

Sin embargo, si queremos acercarnos a la experiencia del combatiente en el campo de batalla y al momento en que él o sus compañeros le quitaron la vida a otro soldado, ¿es suficiente con reconocer la subjetividad y apoyarse en los estudios sobre la memoria social, junto con el concepto de comunidad emocional? Esta investigación considera posible ir más allá al establecer un estudio aún más interdisciplinar, e incluso transdisciplinar. Para esto, se incorpora al proceso de investigación nuevas disciplinas, como son la psicología, la fisiología del combate y el estudio del acto de matar. Los tres elementos referidos han sido desarrollados

<sup>10</sup> Mc Evoy 2011.

<sup>11</sup> Rosenwein 2006: 2.

bajo el término *killology* («asesinología») por el psicólogo norteamericano Dave Grossman; y han sido sumamente polémicos e incómodos de abordar. Ciertamente, quienes se adhieren a esta corriente señalan que existe un tabú al enfrentar estos temas en general; y es solo ahora que se está descubriendo la realidad del combate y el impacto, desarrollo e implicaciones sociales y psicológicas que implica el acto de matar.<sup>12</sup>

Ahora bien, en sus trabajos, Grossman se enfoca en los militares y policías contemporáneos con el fin de prevenirlos y prepararlos para lo que van a experimentar. No obstante, mucho de lo que presenta metodológica y teóricamente en su estructura de análisis nos permite aproximarnos al combate y a lo que implicó quitar vidas durante la Guerra del Pacífico como objetos de estudio. Eso sí, reconociendo en todo momento que la sociedad chilena de la segunda mitad del siglo XIX era muy distinta a la contemporánea, y que tuvo una relación con la muerte mucho más directa y cercana que la que podríamos llegar a tener nosotros hoy en circunstancias normales.

El presente artículo pretende, a través del estudio y análisis de los testimonios dejados por los veteranos chilenos del conflicto, develar las situaciones en las cuales los soldados se vieron envueltos en situaciones de combate, en las que ellos o sus compañeros realizaron el acto de matar con sus adversarios. Estos recuerdos y sus experiencias, como se irá dilucidando, tienen un carácter retraído con respecto a la violencia extrema que ejercieron o experimentaron, puesto que atribuyen o asocian generalmente a un tercero las acciones de combate. Sin embargo, estos testimonios permiten acercarnos a la memoria colectiva de los combatientes chilenos de la Guerra del Pacífico al reconocerlos como parte de una comunidad emocional. Asimismo, tanto la psicología como la fisiología del combate y del acto de matar nos aproximan al horror de la guerra de una manera que la historiografía nacional no ha realizado ni mucho menos planteado con respecto a este capítulo histórico.

Al respecto, la temática se desarrollará en dos apartados. En el primero, más pequeño en extensión, se develará ese solapamiento existente en

<sup>12</sup> Grossman 2019: 10, y Grossman y Christensen 2017: 6.

los testimonios sobre del combate y el cómo muchas veces se responsabiliza a terceros sobre lo ocurrido en el campo de batalla. A su vez, en el segundo, se entrará ya de plano en el «genio de la guerra» con la intención de dar una mayor comprensión a las emociones y el horror que debieron de vivirse en los combates de la Guerra del Pacífico. Del mismo modo, en ambos apartados se hará uso tanto de los estudios sobre la memoria y del concepto de comunidad emocional, así como también de los referidos, previamente estudios sobre el acto de matar y de la psicología y de la fisiología del combate.

#### UN SILENCIO INCÓMODO QUE NO PUEDE OCULTAR EL HORROR

Aquellos que nos legaron un testimonio escrito sobre sus vivencias en la Guerra del Pacífico no detallaron demasiado sobre lo experimentado directamente en el combate. Escribieron, más bien, de la cotidianeidad, de sus percepciones y también sobre una serie de anécdotas, a la vez que describían el desarrollo del conflicto.<sup>13</sup> Hubo cuidado de narrar solo aquello que la sociedad estimaba como aceptable, al mismo tiempo que no se quería ofender ni herir a otros, guardando silencio de aquello que podía ser incómodo o doloroso. Por ejemplo, en una carta fechada el 4 de marzo de 1881, el soldado Abraham Quiroz, del regimiento 3° de Línea, quien ya había luchado en las batallas de Tacna, Chorrillos y Miraflores, le escribió su padre lacónicamente que: «Las batallas han sido largas y sangrientas», no relatando lo experimentado en ellas y excusándose en que: «uno ve más que por dónde anda».<sup>14</sup> Lo mismo refería Manuel Ignacio Silva Varela, oficial en el regimiento Santiago, que en la carta enviada a su madre el 21 de enero del mismo año, pocos días después de las batallas de Chorrillos y Miraflores, que propiciaron la ocupación de Lima, le señaló que, respecto a los combates, «se le haría demasiado largo enumerarlos y los diarios la impondrían de ellos».<sup>15</sup> Esta situación también es apreciable a nivel de los altos mandos, como es el

<sup>13</sup> Un buen ejemplo de este aspecto es destacable en el artículo de Ibarra 2020.

<sup>14</sup> Quiroz y Gutiérrez 1976: 87.

<sup>15</sup> Manterola y Couyoumdjian 2020: 172.

caso de Diego Dublé Almeida, que además contaba con una amplia carrera militar antes de la guerra, el cual no se refirió mayormente en su narración respecto a la muerte de su hermano Baldomero, quien fue seriamente herido en durante la lucha en Chorrillos, el 13 de enero de 1881. Este oficial, según el propio relato de Dublé, recibió un impacto de bala en la ingle al intentar que un grupo de soldados peruanos que se encontraban acorralados en una casa se rindiesen, orden que rehusaron. Al día siguiente, quien en ese momento era teniente coronel y comandante del regimiento Atacama, señaló que vio a su hermano Baldomero «con el ánimo entero, no obstante que él creía que su herida era grave».<sup>16</sup> Y claro, tenía razón, puesto que falleció un mes después de la toma de Lima por la infección de su herida, pero Diego no menciona nada de esto en su diario, el cual vio la luz pública a través de la prensa en 1907.<sup>17</sup>

Como se puede ver a través de los ejemplos presentados, entre otros muchos, los relatos sobre sus experiencias no describen aquello que es demasiado crudo y traumático para ellos. Mejor es guardar silencio y que el olvido junto con el paso de los años hagan su trabajo. El acto de matar, como señala Grossman, «es un acontecimiento privado, íntimo, de una intensidad abrumadora».<sup>18</sup> A su vez, lo mismo es aplicable al combate: el cuerpo y la mente de los sujetos son sometidos a estímulos y sensaciones que rara vez volverán a experimentar en sus vidas. Son llevados al límite. No hay palabras para expresar con claridad las distorsiones perceptivas que, recién en los últimos años, la propuesta de Grossman, la asesinología, está descubriendo. Los combatientes no operan con todos sus sentidos como en una situación normal; pueden percibir más o menos, según el caso. Ver borroso, tener visiones, e inclusive, ante la amenaza de muerte, utilizan toda la energía disponible del cuerpo, llegando a liberar su esfínter en el esfuerzo por sobrevivir.<sup>19</sup>

Producto de estas mismas vivencias, los soldados nunca hablan o escriben directamente sobre de estas situaciones, e incluso llegan a negar

<sup>16</sup> Dublé 2012: 46.

<sup>17</sup> Estado Mayor del Ejército 1987: 114.

<sup>18</sup> Grossman 2019: 29.

<sup>19</sup> Grossman y Christensen: 2017: 6.



que han matado a otro ser humano con sus manos, cuestión que se convierte en una realidad para los demás, pero también para sí mismos, quizá con la intención de librarse de toda culpa. Asimismo, para referirse al adversario y a la lucha que se sostuvo, se utilizan eufemismos: el soldado no mata, «sino que el enemigo es derribado, o está acabado, tumbado, pelado, frito o eliminado». Al enemigo «se le rocía, se le mete, se le echa o se abre fuego. Se niega la humanidad del enemigo y así se convierte en una extraña bestia llamada *kartoffeln* (papa), gabacho, japo, yanqui, amarillo o moro».<sup>20</sup> Esta situación, sin duda, es completamente extrapolable a la Guerra del Pacífico, en donde el epíteto «cholo», como señala el historiador Patricio Ibarra, fue usado en los testimonios para describir al adversario como «vil, cobarde y primitivo y despojado de su condición humana».<sup>21</sup> El cholo es negado y deslegitimado, visto como inferior, mas esto no solo opera para reafirmar la identidad de los combatientes chilenos, sino que también para quitarle el carácter de persona al oponente. Lo anterior queda de manifiesto en otra de las tantas cartas que Manuel Silva Varela envió a su madre. En una fechada el 8 de marzo de 1880, en el campamento de Pacocha, escribió con respecto a las tropas peruanas que: «Arriaremos a toda esa tropa de bestias a Lima el cual será el corral del degüello donde encontrarán el afilado corvo del roto chileno. ¡Pobres animales! ¡Qué cruda muerte en la hermosa juventud de la vida!».<sup>22</sup> En este caso puntual, si bien no se escribió ni se habló directamente del acto de matar, sin embargo, evidentemente se nos presenta una expresión clara de sus apreciaciones y experiencias a nivel individual.

En los relatos de quienes revelaron la carga de quitar una vida y combatir, esta acción va a ser achacada a sus compañeros de armas, siendo descritos como una masa anónima, en donde las responsabilidades y el actuar queda diluido en el grupo. Rara vez en los testimonios se relatan las experiencias del propio combatiente en batalla, siendo, en este caso, los recuerdos de Arturo Benavides Santos una excepción a la regla. En un breve pasaje sobre su relato del combate en Chorrillos, ordena a

<sup>20</sup> Grossman: 2019: 105-106.

<sup>21</sup> Ib.: 130.

<sup>22</sup> Manterola y Couyoumdjian 2020: 126.

los soldados bajo su mando apuntar y disparar a un oficial peruano que dirigía a su tropa directamente, ya que este habría ordenado cargar a la bayoneta.<sup>23</sup> Ahora bien, salvo este caso puntual, siempre se escribe en tercera persona. Tenemos, por ejemplo, el caso de Lucio Venegas, quien durante las batallas por Lima fue teniente del regimiento Buin 1° de Línea. En sus recuerdos, escribió señalando cosas tan significativas para este artículo como que el ruido de las descargas y las detonaciones, junto con los gritos de los heridos, hacían que «nuestra naturaleza se sienta animada a una ferocidad extraordinaria».<sup>24</sup>

A su vez, en las narraciones, los silencios son continuos. En muchos de estos casos, quizás, se buscó realizar una catarsis dejando el horror en el olvido y seguir adelante. A la vez que, cuando se escribió, se hizo no sobre lo hecho, sino sobre «lo que se vio». De esta forma (al parecer), el excombatiente intentaba exculparse de lo realizado en la guerra y en los combates, viéndose a sí mismo como parte de un colectivo, diluyendo la responsabilidad de sus actos en el conjunto del ejército y en el conjunto de la nación. Así, producto del conjunto y la conformación que otorga un grupo humano, como una comunidad emocional que adhiere o desvirtúa similares normas de expresión emocional, se forma una negación de lo realizado. Sin embargo, esta negación es relativa, debido a que queda plasmada en la experiencia colectiva de los combatientes, es decir, en sus memorias y recuerdos. Dicha situación es la que se analiza en el siguiente apartado.

#### **EL COMBATE Y EL GENIO DE LA MATANZA**

Si nos acercamos a la Guerra del Pacífico desde la perspectiva de la psicología y la fisiología del combate, nos adentramos en un terreno muy diferente al que cultiva la tradicional historia militar y la historiografía en sí misma. Aquí no hay movimientos de tropas, formaciones, estandartes y banderas de regimientos más que para explicar o poner en contexto situaciones coyunturales. Tampoco se aproxima al uso efectivo

<sup>23</sup> Benavides 1929: 129-130.

<sup>24</sup> Venegas 2019: 283.

de las armas y menos aún a lo que ocurre antes y después de la lucha. Con estas dos disciplinas relegadas, se entra en un ambiente tóxico, borroso y perturbador en donde no hay claridades, sino una extrema confusión. Las distorsiones perceptivas, mencionadas en el apartado anterior, afloran y el soldado de a pie no tiene una clara noción del espacio en donde se encuentra, incluso si es un oficial.

El caso de Benavides Santos es muy claro en este sentido. En sus memorias, recordó que, en el avance a la línea defensiva de Chorrillos, no tenía claridad de cuánto él y su tropa habían avanzado cuando comenzó la lucha: «Habíamos avanzado algunos centenares de metros ¿trescientos?... ¿quinientos?... no lo sé; cuando se tocó fuego en avance».<sup>25</sup> En ese mismo sentido, Alberto del Solar, escribiendo algún tiempo después de la guerra, recordó aquel espacio caótico y espeluznante que, a pesar del peso de los años, reconocía aún las propias debilidades de su relato por lo inenarrable que podría resultar. Al recordar las acciones de la Batalla de Tacna, el 26 de mayo de 1880, menciona:

Al recordar hoy ese instante, que veo con los ojos de la memoria, confuso y como a través de un velo opaco, no me sería de ninguna manera posible definirlo sin incurrir seguramente en graves inexactitudes. Envuelto en un círculo de fuego, en medio de nubes de humo, sólo sé que oí gritos y gemidos, choques y silbidos de balas. En cuanto a lo que sucedió... no lo sé: una confusión horrible de hombres que saltaban o se agazapaban, unos corriendo hacia adelante, otros retrocediendo medio despavoridos.<sup>26</sup>

Del Solar reconoce en su testimonio lo confuso del combate y también la subjetividad de lo vivido al no ser capaz de dar una descripción clara. Del mismo modo, esto nos lleva a otro elemento fundamental para el estudio del combate: el miedo. El miedo hace, según las ideas de Grossman, que «se deje de pensar «con el cerebro anterior (la mente de un ser humano) y [se] comienza a pensar con su cerebro medio (que resulta indistinguible de la mente de un animal)».<sup>27</sup> Esto potencia

<sup>25</sup> Benavides 1929: 128.

<sup>26</sup> Del Solar 1967: 142.

<sup>27</sup> Ib.: 15.

las distorsiones perceptivas, tales como no saber en qué lugar se encuentra el combatiente, lo cual parece que aconteció a Benavides Santos. A lo anterior, se debe sumar otro aspecto revelador que aporta el estudio del acto de matar, la cual es la «resistencia a matar». Al parecer, no es propio de la naturaleza de los seres matarse entre sí, por más que lo diga una autoridad o la retórica de los rituales nacionalistas.<sup>28</sup> Respecto a esto, Grossman señala que «no solo se resiste a matar y la obligación de matar la psique del soldado medio, sino que se siente igualmente horrorizado cuando se ve expuesto a la agresión de un enemigo que lo odia y le niega su humanidad al extremo de matarlo».<sup>29</sup>

Situaciones de este tipo, por extrañas que parezcan, sí son visualizables. Hay que tomar, por ejemplo, los hechos acontecidos en Miraflores el 15 de enero de 1881. Al iniciar la lucha, Justo Abel Rosales, por aquel entonces subteniente del regimiento «Aconcagua», se vio envuelto en un feroz tiroteo entre unos tapiales y pudo apreciar cómo ante el miedo:

Algunos de nuestros soldados, asustados por la sorpresa y por las balas, no se cuidaban de apuntar a las tapias de donde partía el fuego contrario, sino que afirmaban el cañón del rifle en la muralla y tiraban a las nubes, figurándose tal vez que el mayor ruido y no las certeras punterías deciden un combate.<sup>30</sup>

Los combatientes, en su gran mayoría, se resisten a luchar si no son coaccionados, sobre todo cuando se encuentran en condiciones desventajosas. Sometidos a un esfuerzo físico excesivo y más aun con el latente miedo a morir o a ser heridos, se resistieron en algunos casos a combatir. Nuevamente, tenemos un caso de este tipo en la lucha acontecida en Miraflores, en donde Estanislao del Canto, militar de carrera al igual que Dublé Almeida, estaba al mando del regimiento 2° de Línea y tuvo que «aleccionar» al oficial de otra unidad para que sus hombres entrasen al combate. En el comienzo de la batalla:

<sup>28</sup> Carmen Mc Evoy 2010.

<sup>29</sup> *Ib.*: 229.

<sup>30</sup> Rosales 1984: 214.

[...] encontré efectivamente dos compañías, pero no del 2° sino del 4° de línea, cuyos soldados estaban sentados reposando y al parecer sin intenciones de entrar al combate. Interrogué al jefe de ellas sobre por qué no avanzaban y me contestó que él estaba herido; pero viendo que alguna tropa reía y que esta disculpa no era sino una verdadera cobardía y un mal ejemplo que daba a su tropa, saqué mi revólver y con toda calma le dije: «Si quieres estar herido, cobarde allá va», y le disparé con mi revólver, naturalmente con gran cuidado para no herirlo. El oficial me preguntó con todo énfasis, pero un tanto asustado: ¿Qué realmente me tiró señor?, a lo que le contesté con la acción de volver a preparar el revólver y con algunas palabras duras, que obligaron tanto al oficial como a la tropa a ponerse en marcha inmediatamente.<sup>31</sup>

Ahora bien, esta situación también puede tener excepciones. Algo que deja en claro la asesinología, y que también queda reflejado en la obra del historiador militar Max Hastings,<sup>32</sup> es el que solo un grupo reducido de quienes empuñan las armas participan realmente en el combate y son quienes animan al resto a luchar o, más bien, los coaccionan.<sup>33</sup> Esto queda ejemplificado muy claro durante un momento de la lucha en la batalla de Chorrillos, cuando Dublé Almeida trataba de animar a la tropa a entrar en combate, pero esta, extenuada tras horas de marcha, se resiste a avanzar y ascender un cerro. Explica en sus palabras que vio:

[...] al bravo ayudante Marconi que, a caballo y tranquilo en medio del fuego, se ocupa de amarrar una bandera chilena a la hoja de su espada. Se la pido, y acompañado de él hablo a la tropa a nombre de la patria y ordeno que me siga. Talquinos y atacameños se levantaron, y gritando ¡Viva Chile! Abandonamos las trincheras y corrimos en dispersión hacia el cerro.<sup>34</sup>

Si bien no todos los combatientes poseen la voluntad de luchar y matar, las cosas cambian a medida que el combate se va desarrollando. Esto ocurre por varios factores, como son la preocupación por los compañeros, el respeto a los líderes, inquietud de la propia reputación respecto a unos y otros, a la vez que la necesidad de contribuir al éxito

<sup>31</sup> Del Canto 2004: 131.

<sup>32</sup> Hastings 2020.

<sup>33</sup> Manterola y Couyoumdjian 2020: 150.

<sup>34</sup> Dublé 2012: 36.

del grupo.<sup>35</sup> Las fuentes presentadas en esta investigación son esquivas al reflejar claramente cada uno de estos elementos: el silencio prima en escritos realizados en una época en donde las guerras eran mucho más comunes que en la actualidad y en donde se privilegiaba constantemente el resaltar el heroísmo.

Sin embargo, en los relatos y testimonios, aparece un factor constantemente presente, y este es el hecho del surgimiento del deseo de venganza por la muerte de compañeros, sea en el propio combate o en uno anterior, lo que en palabras simples se puede entender como un deseo de venganza. Esta aspiración es utilizada por los oficiales para acicatear a la tropa para luchar, tal como lo hizo Estanislao del Canto al comenzar la batalla de Tacna, cuando arengó a sus soldados del regimiento 2° de Línea, recordando a los caídos en la lucha por Tarapacá del 27 de noviembre de 1879):

Compañeros: vais a entrar a la pelea contra el enemigo que veis al frente y cuyas guerrillas se tirotean con las nuestras; debéis tener entendido que ese enemigo es el mismo que en Tarapacá, premunido de mayor número, aniquiló a los nuestros y fue tan cruel que los heridos eran arrastrados hasta los ranchos para encenderles fuego y hacerlos morir en la hoguera. Esta acción se ejecutó con el comandante del Regimiento, don Eleuterio Ramírez, con el segundo Jefe, don Bartolomé Vivar y con los oficiales que fueron heridos. Yo oigo claramente el grito de mis compañeros de armas que piden venganza, por la triste forma en que fueron tratados. ¿No os oís también vosotros el lamento de vuestros compatriotas que os dicen claramente: Compañeros, vengad nuestra afrenta, ¿no hagáis prisioneros en el campo de batalla? Pues bien, soldados, es preciso que no haya prisioneros y que ni un solo chileno sea cobarde.<sup>36</sup>

En el párrafo anterior, el deseo de venganza puede iniciarse desde una arenga como la de Del Canto, la que a la vez va acompañada de una orden clara: «que ningún chileno sea cobarde». Esta orden, de un carácter coercitivo y directo, también va seguida de la presión que los propios compañeros de armas realizan sobre el combatiente. Un soldado, señala Grossman,

<sup>35</sup> Grossman 2019: 103.

<sup>36</sup> Del Canto 2004: 96.

es parte de un arma colectiva, y en el caso de no apretar el gatillo o usar la bayoneta, tendría que ponerse de acuerdo con los otros soldados de su grupo, cuestión que rara vez ocurre.<sup>37</sup> Asimismo, los propios combatientes, ante el fragor salvaje de la lucha y al ver morir a sus amigos y camaradas, en una primera instancia se verían aturridos emocionalmente, pero, por regla general, los soldados reaccionan con ira, lo cual posibilitaría matar y luchar sin misericordia.<sup>38</sup> Un ejemplo de esta situación la apreciamos en el relato de Lucio Venegas, quien describe con claridad el espanto y la furia experimentada por los combatientes y cómo se va desarrollando ese deseo de venganza. Durante la batalla en Chorrillos, recordó en su texto que:

De vez en cuando se escucha el quejido doloroso y agudo de algún infeliz que cae herido por alguna traidora bala; y asimismo pudiese oír, que el compañero que caminaba junto a él, sin detenerse eleva una plegaria y encomienda su alma al todopoderoso con religioso respeto. No importa que uno vea mutilado su cuerpo: lo que se siente, lo que le desgarran el corazón, es ver caer al compañero, es ver cómo, teñido en su propia sangre, el amigo, el hermano de sufrimientos, se revuelca en la arena en las convulsiones de una cruel agonía... ¡Entonces, sólo entonces, es cuando nuestros pechos arden en justa cólera: ya no es únicamente la defensa de la Patria la que anima, sino también la sangre del camarada, del amigo, del hermano o del padre, la que pide una justa venganza!<sup>39</sup>

Esto queda aún más patente con las acciones conocidas como «polvo-razos», que consistían en unas primitivas minas terrestres utilizadas por las tropas peruanas y que explotaban por contacto del pie o por detonación a distancia en los combates efectuados en Arica, Chorrillos y Miraflores. Su uso provocó la furia de las tropas chilenas, ya que correspondían a un arma que no se podía enfrentar o ver a simple vista. Benavides Santos relató en sus recuerdos que: «La indignación que en la tropa producían los métodos que empleaban los peruanos, tan contrarios al modo de ser chileno, que ataca de frente y a cara descubierta, era muy grande»;<sup>40</sup>

<sup>37</sup> Grossman y Christensen 2017: 237.

<sup>38</sup> Grossman 2019: 181.

<sup>39</sup> Venegas 2019: 285.

<sup>40</sup> Benavides 1929: 92.

además, «no podían comprender, no querían aceptar que en la guerra pudieran emplearse estos medios ocultos de destrucción siendo que ellos peleaban a cuerpo descubierto».<sup>41</sup>

El deseo de venganza, los polvorazos y la deshumanización del adversario, insertos en una cultura en donde la guerra está bastante más presente que en nuestra contemporaneidad, llevaron a los excesos y a un ciclo sin fin de muerte y destrucción. Los combatientes se convirtieron en bestias que asesinaron a todo adversario que tuviesen por delante, sin importan si estuviere ya incapacitado para combatir. El furor por ir a combatir y vengar a los caídos fue descrito con toda claridad por el soldado Hipólito Gutiérrez, del regimiento Chillán durante la batalla en Miraflores:

Nosotros, locos que los [sic] llevaran a pelear [sic] de una vez. Los [sic] movían un poco más adelante y los [sic] hacían alto cerquita del combate y cuando haempezado [sic] a llegar los heridos del Naval y del Concepción y de muchos cuerpos más y los [sic] decían que la cosa andaba mal y más ganas de ir a proteger...<sup>42</sup>

La misma idea, y rememorando la misma batalla, desarrolló José Clemente Larraín, aunque de forma mucho más refinada, sin embargo, expresando la misma furia al ir avanzando hacia el combate para apoyar a las tropas chilenas:

Caminábamos embargados y en silencio: todos afectos del ánimo los había muerto el coraje, la indignación... íbamos como cuando se va a realizar un delito y, ciegos por la pasión, andamos sin querer pensar, sin ver absolutamente. Ni de Dios tal vez nos acordábamos, pues se había grabado en nuestra mente la necesidad de una venganza tal, que quizás el cielo no la permitiría en sus benignas leyes... estábamos fuera de juicios para todo lo que no fuera sangriento. Sí, el ambiente de sangre, los cadáveres con los cuales empezábamos a tropezar, el estado de nuestra alma, nuestra excitación física aún, nos hacían caminar abstraídos lo bastante para únicamente marcha y marcha sin necesidad de pensamiento.<sup>43</sup>

<sup>41</sup> Dublé 2012: 38.

<sup>42</sup> Del Solar 1976: 219.

<sup>43</sup> Larraín 1910: 352-353.



En este punto, se produce el momento cúlmine: el desenlace de la batalla. Y es aquí cuando solo tenemos una parte de esta, ya que solo se deja testimonio cuando se triunfa, puesto que, si la derrota acontece, es el silencio lo que prima, y, ante la magnitud del hecho, se busca alguna clase de justificación para comprender dicho accionar. Finalmente, ante la acometida y la ruptura del frente, inicia la frenética retirada, en la que afloran el desorden, el desconcierto y, sobre todo, el terror. Esa sensación que promueve las acciones brutales y la ceguera al comprender al otro como sujeto humano es lo que se denomina el «genio de la matanza», que tan metafórica, pero también sarcásticamente, anunciaba el soldado Urquieta. Pero con el abandono del campo y la retirada enemiga, la batalla no termina. Comienza una práctica muy difundida y muchas veces polémica debido a su condición sanguinaria y brutal: el repase.

La práctica del repase, es decir, el hecho de rematar con algún arma blanca o de fuego a un soldado enemigo moribundo, es bien conocida en diferentes épocas y conflictos. Para el caso puntual de la Guerra del Pacífico, Ibarra expone una interesante y completa descripción del fenómeno.<sup>44</sup> El hecho de que el repase se produzca en el momento mismo de la retirada tiene una explicación concreta, especialmente emocional y psicológica. Según nos lo explica Grossman:

[...] es en la persecución ulterior de un ejército roto o derrotado cuando se da la mayoría de las matanzas... Esto, al parecer, se debe a dos factores. El primero es que la víctima que huye da la espalda. Parece mucho más fácil negar su humanidad si puedes apuñalarle o dispararle por la espalda y así no tener que mirarle los ojos cuando le matas. El segundo es que, en el cerebro medio del perseguidor el oponente cambia aparentemente de un macho de la misma especie implicado en una batalla territorial o de apareamiento primitiva, simplista, ceremonial y encarnizada, a una presa que debe ser perseguida, derribada y muerta.<sup>45</sup>

De esta manera, el furor de la lucha se hace más patente al momento de que el enemigo, al cual se le ha visto a lo lejos por medio de la mirilla

<sup>44</sup> Ibarra 2017: 17.

<sup>45</sup> Ib.: 230.

del rifle, pasa a ser un elemento real y concreto. Se podría decir que el hecho de que la bayoneta se convierta en el arma principal provoca que la emoción por matar se desborde aún más, sobre todo para el cuerpo de hombres que realiza la carga. Y, a su vez, el terror y las ansias de sobrevivir por parte de los atacados afloran en variedad de acciones. Explica Grossman:

Es cuando la carga de la bayoneta fuerza a los soldados de un bando a dar la espalda y huir cuando realmente comienza la matanza y, a un nivel visceral, el soldado entiende intuitivamente esto y se siente muy asustado cuando tiene que dar la espalda al enemigo.<sup>46</sup>

Las descripciones sobre este tipo de acciones son bastante gráficas, pero, claramente, al menos para el caso chileno, estas circunstancias siempre se encontraban en el marco de la violación «tácita» de las leyes de guerra que los soldados comprendían como naturales. Especialmente, el uso de armamentos como las minas antipersonales o las detonaciones programadas por medios eléctricos hacían enrabiarse y aumentar la furia de los chilenos, lo que provocó que atacaran y mataran a los peruanos y bolivianos sin contemplaciones. Explica Dublé Almeida, por ejemplo, durante las acciones realizadas por la tropa en la batalla de Chorrillos en 1881: «De aquí que los soldados se exaltaran y en su rabia mataran a los heridos peruanos que principiaron a encontrar desde la media falda del cerro».<sup>47</sup> En el mismo sentido, tenemos la visión de Rosales, en donde la descripción y entendimiento del fenómeno es aún más gráfico y fuerte. Expone Rosales:

Pasamos varios fuertes en los cuales solo quedaba el repaso de los soldados. Al cholo que encontraban vivo, lo mataban sin pérdida de tiempo. Uno de aquellos salió de unos pequeños ranchos o casuchas, que tenía un fuerte, y para librarse de que lo mataran, botó sus armas y gritó «¡Viva Chile!».

Un chino armado de una pala, pasaba por ese punto y a aquel grito se fue donde el cholo, dándole un palazo en la cabeza, matándolo en el acto, y diciendo a los soldados chilenos que llegaban: - ¡Así mata a estos *peluanos*, *calaco*!

<sup>46</sup> Grossman 2019: 135.

<sup>47</sup> Dublé 2012: 38.

Con grandes carcajadas celebraban los soldados este hecho.

Nuestros soldados les daban balazos y bayonetazos y después los registraban. Les encontraban billetes y monedas de níquel, y a algunos anillos, revólveres y carabinas.<sup>48</sup>

Evidentemente, la visualización sobre el enemigo en lo que refiere a su condición de no humano, como algo aborrecible y despreciable (lo que entienden los soldados chilenos por «cholo»), también aplica para peruanos y bolivianos con respecto a los chilenos y el concepto de «roto». Asimismo, la práctica del repase que tanto se ha asociado a la tropa chilena, especialmente en el arte peruano con la obra de Ramón Muñiz (1888)<sup>49</sup>, también puede verse en el otro bando, en donde la matanza ocurre igualmente sin contemplaciones, tal como lo relata Urquieta luego de lo acontecido en la batalla de Tarapacá (1879): «Los soldados del ejército, al saber las barbaridades cometidas con los compañeros heridos en Tarapacá, fue tanta su indignación que juraron hacer otro tanto en los futuros combates».<sup>50</sup>

Los terribles movimientos acontecidos en la batalla nublan la mente, convierten a los hombres en elementos que solo existen gracias a su instinto primario, que incluso les hace olvidar cuestiones éticas y morales, así como también las jerarquías. La «niebla» de la guerra provoca un enturbiamiento de las propias capacidades mentales, lo cual tiene consecuencias insospechadas, como nos relata Rosales, en donde los soldados chilenos, producto de las acciones en Miraflores, dieron muerte a su propio oficial. Según Rosales:

<sup>48</sup> Rosales 1984: 216. Los chinos «culíes», como se les conoció en la época, correspondieron a los trabajadores chinos que, atraídos por la explotación de guano en el Perú, fueron tratados como esclavos por sus patrones. Por esta razón, muchos se incorporaron al bando chileno al momento de desencadenarse la guerra entre ambas naciones. Fueron de gran ayuda para el despliegue estratégico del ejército chileno, entre otros esfuerzos de guerra. Al respecto, véase Chou 2001.

<sup>49</sup> Cuadro titulado de la misma manera «El Repase». La obra se encuentra en el Museo Histórico Militar del Perú, en Lima.

<sup>50</sup> Urquieta 1907: 26.

De repente, los soldados gritan a los oficiales que se retiren y les dejen al peruano, y tras de las palabras, se oye la detonación de un balazo, disparado según se cree, por un soldado del [regimiento] Valparaíso. La desgracia quiso que la bala no tocase al cholo; pero si a Bysivinger, que le entró por la oreja derecha y le salió por la contraria.

Cayó muerto en el acto. — ¡Por María Santísima! — Exclamó Domínguez, llorando de dolor al ver muerto a sus pies a su compañero —¿Será posible que maten Uds. a un oficial chileno por matar a otro peruano? — Los soldados dieron muestras de gran sentimiento, como era de suponerse, pues se trataba solo de matar al enemigo. Furiosos los soldados por esta desgracia, se abalanzaron sobre el infeliz oficial peruano y lo tendieron a bayonetazos y balazos.<sup>51</sup>

A veces, incluso el ansia de matar y de eliminar todo rastro del enemigo puede extenderse y profundizar en la mortandad, creando una voluntad conjunta en el espíritu de grupo de los soldados con el fin de regocijarse entre todos con la matanza. El acto de matar se vuelve colectivo y asimilable a todos los integrantes. El soldado Gutiérrez así lo expresaba al seguir y alentar a sus compañeros de los batallones de caballería. Nos dice que los granaderos: «[...] dentrándose aunos [sic] potreros y los alcanzaron hicieron tanta matanza que no dejaron a ninguno vivo, partir cabezas y cortar brazos, y nosotros de más atrás animando a los granaderos que no dejaran ninguno vivo, y así mismo fués [sic]»<sup>52</sup>

El combate solo acaba con el último aliento. Luego de la refriega, el cansancio y el agotamiento mental se hacen presentes en la tropa. El *shock* que han recibido los combatientes durante el acto de matar es demasiado duro; e incluso algunos de ellos nunca se recuperan. Es posible que la adrenalina ciegue la visión y concepción hacia el otro durante la batalla; y, tras su conclusión, poco a poco se retorna a un estado de mayor comprensión de la realidad, se busca descansar y evitar recordar lo acontecido. Sin embargo, está claro que las emociones y la sensibilidad ante la muerte retornan, muy deprimida, como si en el combate estuvieran sostenidas en el aire. La realidad y la visión de la muerte se perciben de manera muy

<sup>51</sup> Rosales 1984: 220.

<sup>52</sup> Del Solar 1976: 297.

sombría y permanente en la vida de aquellos hombres. Nuevamente, Grossman nos describe los elementos y las claves que aparentemente surgen en los soldados luego de la lucha. Explica el psicólogo:

Y cuando ya ha pasado el peligro, se produce un *crash*, una reacción violenta parasimpática de una magnitud enorme. [...] Se trata de algo más que bajar la guardia; es un poderoso colapso fisiológico. Este proceso no es muy distinto del sexo para el cuerpo del varón.<sup>53</sup>

Benavides Santos confirma lo indicado por Grossman al expresar que, al terminar el combate en Chorrillos, lo siguiente: «Comprendí que la batalla estaba terminada y que habíamos vencido; y como estaba tan cansado que ya no podía tenerme en pie, me tiré al suelo sin ánimo de preguntar nada, de darme cuenta de nada, y ni siquiera de comer o beber algo».<sup>54</sup> Con este tipo situaciones, inicia un nuevo proceso en la actitud y emociones de los combatientes, denominado como proceso de «racionalización» de la lucha. Básicamente, es aquel proceso que la mente y cuerpo de los sobrevivientes atraviesan con el objetivo de comprender lo acontecido. La cabeza da vueltas, se pueden presentar momentos de extrema culpa, o bien un silencio absoluto. Se busca compensar y morigerar la pesada carga emocional de diversas maneras, que pueden ir desde revalorizar los elementos simbólicos y ponerlos como respuesta, como es el sentimiento hacia la idea del sacrificio por la patria (muy propio del modelo de Estado-Nación decimonónico), o bien caer en los vicios que, según en la época sirven para «calmar la pena», como el alcoholismo.<sup>55</sup> En palabras de Grossman:

La siguiente etapa de respuesta a una muerte personal es un proceso que dura toda la vida en virtud del cual el que mata intenta racionalizar y aceptar lo que ha hecho. En algunos casos, este proceso nunca se completa de verdad.

<sup>53</sup> Grossman y Christensen 2017: 34-35.

<sup>54</sup> Benavides 1929: 134.

<sup>55</sup> Se sabe que muchos de los excombatientes chilenos terminaron en condiciones de vagabundaje, alcohólicos y rechazados por la población. El caso más conocido es el de Justo Abel Rosales, quién murió de cirrosis en 1896. Al respecto, se recomienda la lectura de Méndez 2004.

El que ha matado nunca abandona del todo los remordimientos y la culpa, pero puede llegar a aceptar que lo que hizo fue necesario y correcto.<sup>56</sup>

Este proceso de racionalización también afectó a los combatientes chilenos, en diversas maneras, a veces mezclando unas con otras. Tomemos, por ejemplo, el caso de Rosales, quien luego de la batalla, reflexiona sobre lo acontecido:

Digo que todo esto me hizo pasar una noche amarguísima. Mi alma estaba triste, a pesar de la espléndida victoria que había coronado nuestros afanes y trabajos. Y esos miles de infelices compañeros que quedaban tendidos, solos, sin que una mano conocida se les acercara brindándoles humanitario auxilio; esos estaban en incomparable peor situación que yo. Este recuerdo hacía que yo diera gracias a Dios, que me había dejado con vida y sin ese tristísimo desamparo en que yacían los bravos de la 3<sup>o</sup> División.<sup>57</sup>

El sufrimiento y melancolía expresada por Rosales sin duda persiguió a muchos de los combatientes. Ahora bien, el punto clave en este sentido es el comprender que, si bien uno puede sentir un cierto alivio por haber sobrevivido, el pesar por los compañeros caídos es profundo y muchas veces insalvable. Sin embargo, de cierta forma, lo que justifica ese sacrificio tiene que ver con la visión que se tiene del enemigo muerto, la «real causa» de toda esa mortandad. Menciona Rosales: «Este nuevo camino estaba también con muchos cadáveres en sus inmediaciones. Uno de ellos estaba quemándose y era un negro de feísimo aspecto, aunque sobre esto último no hay que hablar, pues el cholaje [sic] muerto es de lo más feo que en mi vida he visto».<sup>58</sup> La racionalización puede tomar tintes aún más analíticos y profundos al ir poco a poco comprendiendo y visualizando las consecuencias de la matanza, las cuales incluso pueden generar hasta un cierto ánimo de hartazgo por la victoria, a pesar de lo costosa de la misma. Así lo explica Dublé Almeida:

<sup>56</sup> Grossman 2019: 233.

<sup>57</sup> Rosales 1984: 221.

<sup>58</sup> Ib.: 223.

Los que lejos están y reciben noticias de los triunfos se alegran y divierten porque no presencian las escenas dolorosas que se producen después de la batalla. No ven los cadáveres de los que pocas horas antes eran nuestros alegres compañeros; no presencian los sufrimientos de los heridos, ni de las terribles amputaciones; no reciben las confidencias y los últimos encargos de los que agonizan. Todo esto produce mucha tristeza y el espíritu queda enfermo. Es verdad que el placer de haber ganado la batalla es inmenso, pero luego desaparece al contemplar sus horrores. Después de un combate la atmósfera es de solo tristeza. De este ánimo están libres los que celebran los triunfos.<sup>59</sup>

La racionalización puede durar años o no llegar nunca. El soldado vive con el trauma y con la experiencia a flor de piel el resto de su vida, aquello referido como «cicatrices en el alma», que mencionara el novedoso artículo de Cristián González.<sup>60</sup> Muy pocos logran encontrar cierta redención en la escritura de memorias, las cuales siempre se han tomado como meros elementos de promoción de corte nacionalista. Con todo el análisis realizado en este apartado sobre el combate en la Guerra del Pacífico, está muy claro por qué este tipo de relatos han de verse desde otro punto de vista y comprender que la metafórica frase de Urquieta, el «genio de la matanza», se hace patente en la mente y corazones de los sujetos que van a la lucha, cuestión que tanto como historiadores, pero también como sociedad en su conjunto, nunca hemos de olvidar.

#### REFLEXIONES FINALES

En síntesis, como se ha podido apreciar, el fenómeno del combate reviste muchas aristas y análisis posibles que, por diferentes situaciones, no han podido visualizarse del todo. Está muy claro que, en ambos bandos de combatientes de la Guerra del Pacífico, acontecieron situaciones de extrema complejidad y violencia que no han sido del todo advertidas por la historiografía por diferentes motivos, lo cual, sin duda, ya es momento de replantear, cómo se pretende realizar por medio de esta contribución desde la perspectiva de análisis concebida y promovida por diferentes autores, como por la historia de la guerra.

<sup>59</sup> Dublé 2012: 357.

<sup>60</sup> González 2019.

La clásica apreciación referida en la historiografía militar tradicional, presente en numerosos trabajos, siempre reviste intereses partidarios o bien de estructuras sociopolíticas muy claras. Si bien dichas posturas son lógicas en el siglo XIX, no lo son para siglos posteriores, debido a que representan ideales que, más bien, son identificables con ciertos grupos de pensamiento cuyo fin o aspectos de interés tienen que ver más con la mantención de ciertos supuestos e interpretaciones legendarias o mitológicas, que no pasan de la descripción cronística. El análisis profundo de la guerra y sus consecuencias se mantiene en claves de representaciones heroicas o bien de grandes explicaciones operacionales, pero el componente analítico desde los planteamientos historiográficos se mantiene muy al debe.

La apertura hacia nuevos campos interpretativos y de vinculación con otras disciplinas, definidas muchas veces como enfoques interdisciplinarios, han provocado grandes avances en materia historiográfica; sin embargo, a nivel de lo que es el estudio de las guerras, en general, dicha apertura ha sido lenta, o bien se ha enmarcado en una intención de sumar datos para completar el estudio, o bien la profundidad del análisis muchas veces sigue siendo muy similar a la historiografía militar tradicional. Por ello, en la propuesta metodológica de la historia de la guerra, el hecho de poder centrarse a niveles más profundos en el combate, como en este caso, y valorizar el estudio de los hechos bélicos, como claves en su propio campo de especialización, permite obtener un nivel de comprensión del fenómeno de la guerra mucho más claro, pero también de forma más aterradora y lúgubre, puesto que se disocia del mito heroico, apareciendo el horror de la masacre y la muerte. Lo que es, finalmente, la guerra en su dimensión más íntima.

Las posibilidades de la apertura hacia nuevos campos interpretativos, como la arqueología del conflicto,<sup>61</sup> la misma psicología del combate, la asesinología, e incluso la polemología, nos permiten adentrarnos en elementos insospechados al análisis historiográfico tradicional.<sup>62</sup> Cuestiones

<sup>61</sup> Al respecto, destacar los trabajos de Zamorano 2018, y de Landa y Hernández 2020.

<sup>62</sup> En este punto, se debe tomar como uno de los mayores promotores e iniciadores del cambio de perspectiva sobre la guerra y el combate en América Latina al historiador Alejandro Rabinovich (2017).



como, por ejemplo, el repase dejan de verse como meros elementos de propaganda o de simbolismo que, si bien existen, pasan a establecerse en una cadena de interpretación en la cual se conjugan más elementos y se entiende mejor al combatiente y la batalla, pudiendo así asimilar aun mejor ese «rostro de la batalla» que tan bien definiera Keegan en los años setenta<sup>63</sup>.

Los nuevos elementos de análisis pueden revelar aspectos que en los enfoques previos se habían obviado, especialmente por tabúes e imprecisiones sobre los mismos conflictos, en especial por la creencia muy difundida en la academia de que este tipo de estudios son «cosas de militares», o bien pertenecen al campo interpretativo de la historia política. En ambos puntos, se ha dejado bastante claro que el estudio de la guerra es, en sí mismo, un aspecto a considerar al mismo nivel que los aspectos tradicionales que siempre se relacionan con el análisis histórico, a saber: lo político, lo económico, lo social y lo cultural. Lo bélico es también un punto más que debe ponerse en valor como los demás, pero claramente no con los parámetros establecidos por la antigua historiografía militar. Quizá se debería volver al origen de la disciplina y buscar tender los puentes con el pasado bélico en su sentido interpretativo, no con el ceño de las academias militares, sino con el rigor profuso y analítico del historiador, que si bien no pretende establecer verdades, al menos promueve el debate y la intención de que lo que se plantea pueda ser concebido desde otras aristas, ya que si hay algo que define casi en su mayor amplitud al fenómeno bélico, es precisamente su complejidad. No en vano la primera obra reconocida en este campo, a inicios del siglo XX, por el alemán Hans Delbrück perseguía ese objetivo.<sup>64</sup> Quizá nunca se debió abandonar dicha propuesta, puesto que la guerra no es sinónimo de lo militar necesariamente.

<sup>63</sup> Véase Keegan 2013 [1976].

<sup>64</sup> La obra de Delbrück a la que hacemos referencia se denomina (en alemán) *Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der politischen Geschichte*, que puede traducirse al español como *Historia del arte de la guerra en el contexto de la historia política*. Fue redactada en siete volúmenes (de los cuales Delbrück redactó los cuatro primeros en su totalidad), que analizan el desarrollo de la guerra y las instituciones políticas en occidente desde la antigüedad hasta el siglo XIX. Es sin duda, considerado como el primer trabajo historiográfico en alusión y análisis sobre la guerra en su totalidad.

**BIBLIOGRAFÍA**

- Benavides Santos, Arturo. 1929. *Seis años de vacaciones. Recuerdos de la Guerra del Pacífico 1879-1884*. Santiago: Imprenta Ahumada.
- Bourke, Joanna. 2008. *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Chaupis, Jorge y Claudio Tapia. 2018. *La Guerra del Pacífico, 1879-1884. Ampliando las miradas en la historiografía chileno-peruana: un estudio del conflicto y su entorno realizado por especialistas chilenos y peruanos*. Santiago: Legatum.
- Chou, Diego. 2001. «Los chinos en la Guerra del Pacífico». *Revista de Historia de América* 129: 197-224.
- Del Canto, Estanislao. 2004. *Memorias militares*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.
- Del Solar, Alberto. 1967. *Diario de campaña: recuerdos íntimos de la Guerra del Pacífico: 1879-1884*. Buenos Aires-Santiago: Francisco de Aguirre.
- Delbrück, Hans. 2018. *Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der Politischen Geschichte*. 7 tomos. Londres: Forgotten Books.
- Donoso, Carlos y Gonzalo Serrano. 2011. *Chile y la Guerra del Pacífico*. Santiago: Editorial Bicentenario
- Dublé Almeida, Diego. 2012. «Diario de las campañas al Perú y Bolivia. 1879-1884. Lo que yo he visto. Segunda Parte». *Cuadernos de Historia Militar* 8: 7-60.
- Estado Mayor del Ejército. 1987. *Galería de hombres de armas de Chile. Tomo II. El período de la influencia francesa (1825-1885)*. Barcelona: Empresa editorial gráfica.
- González, Cristián. 2019. «Cicatrices en el alma. Las consecuencias emocionales de la experiencia bélica de los combatientes chilenos de la guerra del pacífico (1879-1884)» *Revista Historia-Universidad de Concepción* 26: 7-28. <https://doi.org/10.4067/s0717-88322019000100007>
- Grossman, Dave. 2019. *Matar. El costo psicológico de aprender a matar en la guerra y en la sociedad*. Tenerife: Melusina.
- Grossman, Dave y Loren W. Christensen. 2017. *Sobre el combate. La psicología y fisiología del conflicto letal en la guerra y en la paz*. Tenerife: Melusina.
- Hastings, Max. 2020. *Guerreros. Retratos desde el campo de batalla*. Madrid: Desperta Ferro Ediciones.
- Ibarra, Patricio. 2017. *La guerra en cautiverio. Los prisioneros de la Guerra del Pacífico (1879-1884)*. Santiago: Legatum Editores.
- Ibarra, Patricio. 2019. «Seres aquellos de costumbres depravadas: cholos e indígenas andinos en los testimonios de chilenos durante la Guerra del Pacífico (1879 - 1884)». *Estudios atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 61: 111-133. <https://doi.org/10.4067/s0718-10432019005000202>

- Ibarra, Patricio. 2020. «Nuestra vida es tan sobria como la de un espartano. La cotidianidad de los soldados chilenos en el desierto de Atacama en la Guerra del Pacífico (noviembre 1879 - abril 1880)». *História Unisinos*, 24: 83-95. <https://doi.org/10.4013/hist.2020.241.08>
- Ibarra, Patricio y Germán Morong. 2018. *Relecturas de la Guerra del Pacífico: avances y perspectivas*. Santiago: UBO Ediciones.
- Ibarra, Patricio, Francisca Villavicencio y Macarena Valladares. 2018. «La ingesta de alimentos de los soldados chilenos durante la Guerra del Pacífico (1879-1883). Una aproximación histórica y nutricional». *Diálogo Andino* 56: 75-85. <https://doi.org/10.4067/s0719-26812018000200075>
- Jelin, Elizabeth. 2002. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Keegan, John. 2013 [1976]. *El rostro de la batalla*. Madrid: Turner.
- Landa, Carlos y Odlanyer Hernández. 2020. *Arqueología en campos de batalla: América Latina en perspectiva*. Buenos Aires: Aspha.
- Larraín, José Clemente. 1910. *Impresiones y recuerdos sobre la campaña al Perú y Bolivia*. Santiago: Imprenta y encuadernación Lourdes.
- Manterola, María Soledad y Juan Ricardo Couyoumdjian. 2020. *Cartas de la Guerra del Pacífico. Correspondencia de Manuel Ignacio Silva Varela 1879 – 1881*. Santiago: Ediciones Pontificia Universidad Católica.
- Mc Evoy, Carmen. 2010. *Armas de persuasión masiva: retórica y ritual en la Guerra del Pacífico*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.
- Mc Evoy, Carmen. 2011. *Guerreros civilizadores: política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Méndez Notari, Carlos. 2004. *Héroes del silencio. Los veteranos de la Guerra del Pacífico*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario. <https://doi.org/10.56992/a.v1i32.382>
- Quiroz, Abraham y Gutiérrez, Hipólito. 1976. *Dos soldados en la Guerra del Pacífico*. Santiago: Francisco de Aguirre.
- Rabinovich, Alejandro. 2017. *Anatomía del pánico: la batalla de Huaqui o la derrota de la revolución (1811)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Rosales, Justo Abel. 1984. *Mi campaña al Perú 1879-1881*. Concepción: Ediciones Universidad de Concepción.
- Rosewein, Barbara. 2006. *Emotional communities in the early Middle Ages*. Nueva York: Cornell University Press.
- Scott, Joan. 2014. «¿Después de la Historia?». *Rey Desnudo. Revista de Libros* 4: 6-30.
- Urquieta, Antonio. 1907-1909. *Recuerdos de la vida de campaña en la Guerra del Pacífico*. Santiago: Escuela Talleres «Gratitud Nacional».
- Venegas, Lucas Lucio. 2019. *Un colchagüino en la guerra. Recuerdos del Ejército en la campaña al Perú y Bolivia*. Malloa: Aurora de Colchagua/El Marino.

Zamorano, Carlos. 2018. «Arqueología de la Guerra del Pacífico. La batalla de Dolores y la campaña de Tarapacá». *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 12: 353-378. <https://www.rdahayl.com/index.php/rdahayl/article/view/168>

Fecha de recepción: 20/10/2022

Fecha de aceptación: 08/03/2023